

El caso Bredenburg
El autómatas de Dios o la crónica de una muerte
filosófica anunciada bajo el peso
del experimento de la duda.
Rage against the machine

ESTHER ÁLVES LATOURNERIE

Aunque los estudios spinozistas han experimentado un gran auge en las últimas décadas (no sólo en América y Europa sino también en otras culturas y países tales como Japón) no son pocos los aspectos contextuales e históricos que aún quedan por elaborar y tratar. Johannes Bredenburg (1643-1691), colegiante de Rotterdam dedicado al comercio de vino y licores y autor de múltiples obras entre las que se encuentra una refutación del *Tractatus Theologico-politicus* (1670), *Enervatio TTP* (1675), constituye un fragmento poco estudiado y escasamente conocido del contexto en el que se fragua la obra de Spinoza. Las referencias a sus trabajos están dispersas en obras de diferente catadura y aunque estas alusiones no carecen de interés son en su mayoría demasiado breves para apreciar el valor del trabajo realizado por este personaje llamado menor. En algunos casos las referencias, dada su brevedad y el desconocimiento general de este tipo de autores, son muy incompletas y no es difícil encontrar abusos partidistas e infundados en dichas exposiciones (un caso ejemplar lo encontramos en Kolakowski: *Cristianos sin Iglesia*). El artículo sobre Spinoza que Bayle presenta en su *Dictionnaire* (1697) nos ofrece también agudas observaciones sobre este personaje y su obra haciendo especial hincapié en la refutación del TTP realizada por Bredenburg. Diversos especialistas han escrito magníficos artículos sobre este particular, pero un artículo es tal vez pequeño para poder mostrar con toda su amplitud los argumentos presentados de forma sistemática en la obra de Bredenburg.

Por estas razones hemos querido aprovechar la elaboración de una mag-

nifica tesis doctoral, escrita por un especialista en la filosofía neerlandesa de siglo XVII y por ende traductor de los textos de Spinoza, centrada en la obra de este personaje para presentar, mas que una critica, unas cuantas preguntas sobre algunas ideas que aparecen recurrentemente en todos estos trabajos citados y que sin embargo no parecen estar, al menos a nuestro juicio, suficientemente fundadas. En cualquier caso señalamos que nos centraremos, no exclusivamente pero si primordialmente, en el trabajo realizado por Louis van Bunge por ofrecer éste una mayor cantidad de datos recopilados expuestos de modo sistemático acerca del tema en cuestión por lo tanto nos gustaría aclarar que gran parte de las ideas y material utilizado en el presente artículo proviene especialmente del citado estudio. Por otra parte, hemos querido aprovechar el espacio de este artículo para exponer brevemente algunos puntos e ideas muy sugerentes que hemos encontrado en el inmerecidamente desconocido trabajo de Johannes Bredenburg y en la tradición colegiante. Puesto que parte del interés de este artículo radica en la exposición de ideas en muchos casos desconocidas para el lector, hemos querido despojar este texto de notas aparatosas y otros obstáculos que pudieran perturbar la atención para facilitar así la difusión de estas ideas. Para todos aquellos que deseen adentrarse en la bibliografía concerniente a estas ideas incluimos al final del artículo una muy breve selección de materiales en donde el lector curioso podrá encontrar todos los datos y reseñas bibliográficas que se le antojen.

La obra de Johannes Bredenburg se caracteriza primordialmente por sus extrañas fluctuaciones, lo cual obliga a su autor a mantener posiciones difíciles de conciliar dentro de su propia producción escrita. Por otra parte a esta dificultad hemos de añadir que sus oponentes y contemporáneos publicaron textos de uso privado, que estos habían obtenido gracias a su vieja amistad con este comerciante, con la intención de distorsionar las opiniones del propio Bredenburg. Así pues la publicación de las obras de este *Rotterdammer* requiere de un estudio minucioso (ofrecido por L. Van Bunge) que permita diferenciar el orden real de composición de las obras con el orden de la edición llevada a cabo por sus adversarios. El hecho de que Bredenburg parezca adolecer de opiniones variables se complica aun más en la práctica ya que cuando este bodeguero, metido a lides de filósofo, se encuentra ocupado con la elaboración de un texto en el que ha modificado en más de un punto su posición anterior también se vera obligado a responder algunas falsas acusaciones vertidas contra escritos que ya no se correspondían con su posición actual y que habían sido publicados y distorsionados por sus adversarios con la intención de destruirle. Él a su vez no dudó en utilizar su influencia en la

vida interna del círculo de los colegiantes de Rotterdam para censurar a sus oponentes dentro de estos mismos círculos a los que todos pertenecían.

Tal y como hemos mencionado líneas más arriba encontramos más que abusivas algunas de las observaciones recurrentes acerca de este personaje cuya peor lacra parece haber sido ser pensador fluctuante en cuanto a las posiciones mantenidas, adepto a la duda como ejercicio y autodidacta sin par. Pero empecemos por el principio con fin de no desconcertar al lector más de lo que el propio Bredenburg debió de estar tras su arduo ejercicio intelectual experimentando con la duda cartesiana, según a juicio de algunos (entre estos algunos se encuentran no sólo oponentes de Bredenburg dentro y fuera del círculo de los colegiantes sino también la crítica actual), más allá de los límites de la sana razón (lo cual es paradójicamente llamado impiedad en el polémico contexto del siglo XVII). La causa que todos señalan como origen de tanto desvarío no parece ser otra que la extrema fascinación de Bredenburg por las ideas de Spinoza. Curiosamente, el punto en el que todos parecen convenir es en la interpretación general de la crónica de la historia. Un pretendido advenedizo que pretende mostrar con la ayuda de la sola razón la falsedad de las principales tesis spinozistas contenidas en el TTP de forma matemática, se ha extraviado en el laberinto de la duda y el ejercicio de la razón y se ha dejado seducir por las tesis de su oponente, hasta tal punto de ser tachado de spinozista, escéptico y ateo. Pero siendo fieles a la máxima spinozista, intentaremos ser cautos en nuestros juicios mostrando cierto escepticismo ante esta opinión. Como punto de partida, proponemos una idea bien sencilla al alcance del sano juicio de cualquier lector, a saber, más allá del escepticismo, proponemos que la duda, lejos de ser una enfermedad sacrílega es un poder saludable del que se benefician las mentes racionales. Beneficioso es para gentes de sano juicio dejar un hueco razonable para el ejercicio de la duda.

Tal y como L. van Bunge señala a lo largo de todo su estudio, las fuentes de inspiración primordiales de los colegiantes, esto es Episcopius, Galenus, Naeranus e incluyamos incluso a Ostens y a Socinius (aun admitiendo que Ostens fuera el único colegiante en cuya obra fuera demostrable la influencia del socinianismo) se centran básicamente en la idea de la tolerancia y de la libertad práctica marcada por un individualismo propiciado por la simplicidad de principios sostenibles frente a todo autoritarismo dogmático en cuestiones de fe o prácticas religiosas. Curiosamente estas ideas básicas son las mismas que nos permiten observar el aspecto unitario de la obra de Bredenburg más allá de las posturas variables y aparentemente irreconciliables que aparecen a lo largo de sus trabajos (admitamos que el desenlace del

caso Bredenburg es razonablemente desolador, no en vano al final de la obra se verá como la polémica sólo desaparecerá de la mesa cuando todos los protagonistas del conflicto sean barridos de la faz del mundo a manera de *western* de Hollywood rodado en los desiertos de Almería).

Antes de proponer una interpretación alternativa del significado del ejercicio de la duda en la obra de Bredenburg nos adentraremos un poco más en el contexto de una polémica en la que bien podría decirse que Dios y el Diablo se juegan la partida del mundo a los dados. La herencia colegiante parece haberse enfrentado con muchos obstáculos prácticos más que verse enredada en polémicas de regusto metafísico. Las libres reuniones de los viernes (*vrijdagcolleges*), en las que todos los miembros expresan libremente sus preguntas y opiniones acerca de las *Sagradas Escrituras*, parecen haber corrido la misma suerte que sus antepasados, viéndose irremediablemente expuestas al acoso del bando calvinista, acabando incluso siendo víctima de una polémica aun mayor dentro de las distintas secciones de sus propios círculos. Pese a todo, los textos colegiantes, que responden más bien a un estilo panfletístico mordaz y lúdico que a un estilo filosófico (gran parte de estos textos tiene forma dialogada), parecen rebosar de optimismo llueva lo que llueva y por mucho que el ala radical calvinista se empeñe en cerrar las *vrijdagcolleges* acusándoles a todos de ser una horda de herejes que, encubiertos bajo un piadoso manto, se empeñan en difundir la sarna escéptica del ateísmo (valga de muestra el título de una de las principales obras de Johannes Naeranus *Den Vrolijke Democryt lacchende met 's Werelds Ydelheden* (El alegre Demócrito riéndose de las vanidades del mundo) (1654), volumen en el que en lugar de responder con complicados argumentos metafísicos aplasta a su adversario muriéndose de la risa). Pero, como Shakespeare diría, los buitres siempre gustaron de engalanarse con plumas de palomas. El optimismo colegiante se empeña en seguir caminando, no en vano la obra principal de J. Ostens, colegiante de Rotterdam y cirujano, *Liefde Son* (Querido hijo) (1651), desarrolla la metáfora del viaje como estructura del relato de un personaje que, tal y como bien afirma van Bunge, parece refugiarse en el viaje como sentido de su propio devenir. El empeño por mantener las *vrijdagcolleges* parece haber trastornado también la vida de Ostens ocupado en llevar a la práctica un ideal de tolerancia que paradójicamente hace que acabe siendo expulsado de sus propios círculos. El avance de la acusación del ala calvinista que se esfuerza en hacer que la ley caiga con todo su peso (el peso de la autoridad dentro de un calvinismo ortodoxo exacerbado por el fanatismo se resume en un solo dogma, a saber, la autori-

dad toma su poder directamente y de forma inevitable de Dios en virtud de una gracia incomprensible y misteriosa) acaba produciendo el cierre de las *vrijdagscollege*. Paets, jurista y defensor de la práctica de la tolerancia, tratará de hacer ver a sus contemporáneos que los herejes no pueden ser tratados como criminales mientras Petrejus (suministrador principal de los textos retóricos de los que se nutre la ortodoxia calvinista) se muestra decidido a seguir la cruzada encaramado al púlpito desde el que escupe una cólera siniestra y enfermiza.

Otro curioso personaje que no tardará en sumarse al debate lo encontramos en el corresponsal de Spinoza Wilhem van Blijenbergh. Van Blijenbergh escribe su *Socinianse Ziel* (Alma sociniana) (1666) consistente en tres cartas en las que ataca abiertamente a Ostens de socinianismo, utilizando la retórica del estilo cartesiano ortodoxo calvinista representada entre otros por Heidanus en su *De Causa dei* (1645). Como es sabido Ostens actuó de intermediario entre Lambertus van Velthuysen y Spinoza. Por otra parte, el tema principal que aparece como campo temático elegido por el ala calvinista ortodoxa no podía ser otro que el mal, ligado a una idea de la libertad humana difícil de conciliar con la potencia que algunos fieles gustan de imaginar y atribuir a sus Dioses (tal vez sea más correcto decir Dios en singular pero son muchos los Dioses imaginados que se empeñan en ser los únicos a golpe de ignorancia, cruz, medias lunas, hexágonos estrambóticos, hoguera y fusil, así que, a fin de cuentas, hablamos de muchos Dioses monoteístas producto de confusiones y supersticiones exacerbadas sin importar la estofa del monoteísmo en cuestión, católico, calvinista, musulmán, porque poco importa la diferencia en la medida en que todos afilan con igual saña distintos cuchillos).

Según los argumentos desarrollados por van Bunge la obra de Bredenburg *Een Praetje over Tafel* (Conversación sobre el tapete) (1671), un relato de forma dialogada, vendría a cerrar un periodo histórico dentro del desarrollo de la tradición colegiante, tradición que acabara haciéndose irreconciliable con las nuevas influencias del cartesianismo y spinozismo de las cuales algunos de sus miembros habrían acabado siendo víctimas irremediablemente extraviadas.

La mencionada obra se centra en la idea de la reunión de la cristiandad como un ideal racional por excelencia. Apartado de cualquier solución política, Bredenburg abre la partida apostando por una búsqueda de la medida (*verhouding, ratio, respecto, proporción, ritmo*) en la que los partidos y secciones están libremente comprometidos en un ejercicio de tolerancia mutua.

Louis van Bunge utiliza, muy apropiadamente a nuestro parecer, la metáfora del puente para referirse al colegiantismo que caracteriza la posición de Bredenburg en esta obra. La búsqueda inmersa en la diferenciación entre artículos de fe necesarios y no necesarios debe desarrollarse en un marco en el que ha desaparecido la figura o recurso de un juez que se pronuncie acerca de las diferencias entre artículos de fe. La Biblia ha de ser el material que debería suministrar los eslabones de esa búsqueda aunque, como bien observa Bredenburg, la libertad cristiana consiste no tanto en la reunión de los distintos grupos religiosos como en la libertad de ser y existir junto a estos otros grupos. El fundamento de la mutua tolerancia, al menos en esta obra, radica para Bredenburg en la ausencia de una superioridad rectora que emita un juicio inequívoco en un contexto en el que la recta razón equivale a un sano entendimiento. Por muy problemática que resulte la posición de Bredenburg no estamos convencidos de que, tal y como van Bunge señala, la combinación de la ausencia de un juez rector que emita un juicio inequívoco con la secularización del racionalismo tenga que conducirnos inevitablemente hacia una teología naturalista que nos obligue a elegir entre una u otra parte de la citada combinación. Baste por el momento esta mención para mostrar nuestra cautela, que será aclarada posteriormente, al menos a modo de pregunta (la pregunta es otra forma de nombrar la expresión o formulación de la duda en el ámbito concreto y práctico). El empeño de Bredenburg por no deshacerse de ninguna de las partes de la citada combinación le habría llevado a suponer una hipótesis de fondo, a saber, que las producciones divinas deben coincidir con la razón humana (*ratio*).

Por otra parte observamos que la acusación de teología naturalista es también aplicable a los adversarios de Bredenburg dentro del círculo colegiante ya que, como el propio van Bunge hace constar, según la opinión de Kuyper en su segunda entrega de la *Korte Verhandeling van de Duyvelen* (*Breve Tratado sobre los diablos*) (1676), *Tot overtuijging der Atheisten en Duyvelontkennens* (*Hacia el convencimiento de los ateístas y detractores del diablo*) (1678), la filosofía basada en la razón natural es una empresa esencialmente pagana, será por eso que los contrincantes de Bredenburg se permiten acusarle de ateísmo y spinozismo (como si ambos términos fuesen intercambiables y así parece haberlo sido para un buen puñado de filósofos supuestamente bienpensantes cuya lista es demasiado larga para ser transcrita) al mismo tiempo que no dudan en afirmar que el diablo nos acecha a todos a la vuelta de la esquina, dispuesto a engañarnos con sus tretas. Y no contentos con haber hecho tal afirmación añaden que el propio diablo se halla ocu-

pado en imitar la inteligencia de Dios para poner así en un aprieto a la humanidad razonable por medio de sus ingeniosas estratagemas. En estas lides el genio maligno de Descartes palidece y se empequeñece ante un diablo la mar de bíblico que nos seduce con una inteligencia que curiosamente toma a Dios como modelo. Bien puede afirmarse que el diablo, ángel caído o naturaleza muerta, ha encontrado seguidores bien dispuestos a exponer sus tretas en las figuras de *Kuyper* y otro adeptos tales como *Balthasar Bekker*. No es extraño que se identifique a los ateistas como escépticos, ¿que otra cosa se puede ser cuando eres arrojado a la hoguera de los herejes por un montón de almas piadosas (y obedientes al poder de la autoridad sólo por el placer de ver caer sobre tu cabeza el peso de una ley que parece ser más del diablo que de Dios), que guardan tanto celo velando por la pureza de almas ajenas? hacemos observar que los contenidos de esta última frase no son una especulación filosófica ni un argumento matemático sino tan solo un pedazo rescatado de la ruina que la experiencia nos enseña muy a nuestro pesar, una ruina que otros, cuervos con plumas de paloma, se ocupan de engalanar para un baile de disfraces muy rentable al que los especialistas y doctos llaman historia. No en vano creemos que la supuesta crisis de Bredenburg (la palabra *crisis* aparece recurrentemente en el trabajo de Louis van Bunge, pero señalamos que no comprendemos el significado o referencia de esta noción, ni tampoco queda explicado en parte alguna que significado pueda tener este término en el ámbito textual de la filosofía, por lo tanto nos limitamos a transcribir una categoría cuya referencia nos es totalmente desconocida, en cualquier caso indicamos que según los contextos en los que ésta aparece no parece sino indicar metamorfosis o mutación pero en cualquier caso no podemos estar seguros ya que como ya lo hemos hecho constar desconocemos por completo el significado filosófico del término *crisis*) no ha sido producto de una combinación explosiva de la duda metódica cartesiana con las perversas ideas contenidas en la obra de Spinoza. Lejos de esta hipótesis, tenemos razones para sospechar que si alguna vez Bredenburg pudo desarrollar un excelente y admirable ejercicio de esa práctica a la que llamaremos sencillamente pensar, y creemos honestamente que la producción escrita de este *Rotterdammer* (sin contar aquellas obras y partes que la historia, la barbarie y la ignorancia humana han destruido) es de una calidad más que razonable, sólo entonces pudo ser libre, al menos en sus pensamientos, libre de creer y de dudar lo que su razón y sus afectos le dictaran. De hecho, la impiedad no radica en el desarrollo de esos sanos instrumentos del pensar cuyo poder benéfico se traduce en ciencias (recordemos que para Bredenburg el desarro-

llo de la razón y el uso de instrumentos intelectuales es casi una práctica religiosa en busca de la divina proporción nunca encontrada) de hecho si nuestros queridos expertos se hubiesen detenido con más inteligencia que con saña ante la *Wiskunstige Demonstratie* (Demostración matemática) (1676-84) de Bredenburg se habrían dado cuenta de que ésta no es otra cosa sino un poema elegíaco dedicado a un relojero, un poema conceptual tejido en los intestinos de un reloj sin cuerda. De hecho lo que a nuestros ojos es impío es someterse a las autoridades creyendo que estas toman su poder de Dios mismo, lo cual es una bellaquería imperdonable y además una blasfemia de mal gusto.

Por otra parte, no es cierto que un mecanicismo exacerbado deba ser necesariamente ateo, a menos que entendamos por ateo todo aquello que no se avenga a las santas decisiones piadosas de unos cuantos, decisiones a las que llamamos dogmas. De hecho, tal y como se ha señalado en numerosas ocasiones, los límites y la cautela cartesiana sobre la aplicación de la duda metódica en el ámbito de la teología no son tanto un cuestión filosófica teórica sino una cuestión de inteligencia práctica. De otro modo, a buenas horas iba a irse Descartes tranquilamente con la reina Cristina de Suecia mientras se cartea con Mersenne. más allá de Descartes, es fácil argumentar y probar que un mecanicismo llevado a sus últimas consecuencias no tiene por que ser atea, para ello sólo es preciso recordar un nombre: Lamettrie. Si se quiere dar alguno más, siendo un poco más extremistas, baste recordar a Pascal y especialmente a los comentarios que éste hace en su correspondencia tras la muerte de su padre sobre lo que podríamos llamar teoría de los dos amores.

Volviendo al círculo colegiante no parece que la experiencia le haya enseñado a Bredenburg nada bueno, los contrincantes dentro de su propio círculo se encarnizan siguiendo una tradición de odio ancestral e ira venenosa que irá corroyendo todo el grupo de Rotterdam hasta dejarlo reducido a cenizas. Panfletos distorsionados y malintencionados, estrategias encubiertas, ataques personales con perjuicios económicos incluidos. Y este pobre bodeguero se recluye en el espacio de su mesa, fluctuando entre respuestas escritas que no pueden acallar el interrogante que se cierne no tanto sobre sus argumentos filosóficos como en su experiencia práctica. Como Almodovar diría, ¿que otra cosa se iba a preguntar un ferviente creyente, como Bredenburg lo era (tal y como Bayle lo hace notar en su artículo), sino –¿qué he hecho yo para merecer esto?–. El creyente fervoroso duda sobre muchas hipótesis y argumentos a los que creerá vencer con un divino instrumento: razón y matemática. Pero en la práctica, la experiencia y los datos concretos

nos confirman cual no debió ser su estupor y su cólera al verse cercado dentro de su propio círculo, tan ofuscado del susto debió sentirse que empezó a echar a perder lo que fue trabajo de una vida labrada en el pergamino sobre la mesa. Bredenburg se deja envenenar por la cólera de sus contrincantes y acaba apoyándose en sus contactos personales en los círculos colegiantes para censurar las intervenciones más que despreciables que sus adversarios habían urdido a sus espaldas. No dudamos que debe ser, cuanto menos, complicado mantener una posición unitaria y coherente con fuentes tan dispares como las que Bredenburg utiliza sobre todo cuando se es un mero comerciante autodidacta que se atreve a internarse en el laberinto de hielo de la *Ethica* de Spinoza sin conocer siquiera todas las piezas de la fábrica con la sola ayuda de una fe sólida en la frágil llama que parpadea en cada instante de la duda, esa llama a la que algunos llaman luz natural, otros razón y a la que los bárbaros califican muy impropiamente de impiedad. Impiedad o garra del diablo hendida en lo más profundo de la mente humana, algunos afirman incluso haber visto un fantasma en las tuercas de la maquinaria. Pero no hay que olvidar que la ignorancia es muy osada y también es perturbada la imaginación que se le une (no en cuanto poder de imaginar sino en la medida en que esta potencia imaginativa se desarrolla en cimientos distorsionados por los prejuicios humanos). Bredenburg claudicó su juego con la duda en el preciso instante en el que sabiendo, como sabía, que ningún juez rector puede haber en ciertas cuestiones que no sea la sana razón y más allá el silencio divino, tuvo que recurrir en la práctica a la autoridad ejercida por sus partidarios para censurar a sus enemigos dentro de los círculos colegiantes. Puede que el colegiantismo no se base en ninguna práctica política, tal y como Van Bunge lo señala, pero justamente porque creemos que esto es cierto afirmamos que el uso de influencias dentro de la organización de grupos para censurar a los adversarios (por mucha santa razón que se tenga y por muy perros que los contrincantes sean) es una práctica política, y como tal, fue esta decisión política, propiciada por muchas dificultades personales y prácticas, la que hizo que su posición se hiciera irreconciliable con los principios que siempre había querido mantener, principios que tenían que ver con el ejercicio de la mutua tolerancia en ausencia de un Dios rector y en presencia de un Dios que siempre calla. En la frágil llama de la duda, la mente de Bredenburg arde en cenizas, inexorablemente perdido en los laberintos de hielo, puesto en una situación de un equilibrio altamente complejo cuya solución es difícil de determinar. La duda de Bredenburg es mucho más profunda que el des-piste filosófico de un presunto advenedizo, es una herida en el mundo clava-

da en lo profundo de un débil cuerpo humano. La misma herida que, sangrando gota a gota, empañó su optimismo antropológico y le hizo regresar al asilo del que siempre había huido y una vez allí no pudo sino callar para siempre y dejar que el silencio de los Dioses disolviera la contienda de pistolas cargadas dentro del grupo parroquial. Lejos ya de toda esperanza Bredenburg sólo confía en Dios, un Dios que, como Pascal diría, en consonancia con la tradición colegiante, guarda silencio y habla a través de la materia sin emitir juicios rectores. El Bredenburg que calla, incluso a través de sus pergaminos, descansa sobre la mesa, antes tablero de juegos, con la frágil duda, ahora un cuadro de naturaleza muerta. En su *Noodige Verantwoording* (Respuesta necesaria) (1684), entre la polvorienta polémica levantada por sus escritos y los de sus adversarios, Bredenburg niega publicamente haber afirmado en su *Verhandeling* (Tratado) escrito en 1672 que la naturaleza exista de forma necesaria y llega incluso a negar haber afirmado que exista un algo.

La mutación se ha producido lentamente y, sin saber como ni cuando, el fantasma exhala un respiro dentro de la maquinaria: Bredenburg, autómata divino, en busca del relojero que afine la maquinaria para descubrir la proporción secreta a la que algunos llaman *ratio*, entre el edificio (*ons gebouw*) y el ingeniero de la obra. Ni siquiera en esta mutación producida dentro de la *Enervatio* podríamos decir que Bredenburg está fuera de la tradición colegiante ya que, como Van Bunge indica, en los tempranos textos de Galenus puede encontrarse una interpretación metafórica del movimiento imaginario que va del alma humana, cosa entre cosas, a dios, viento en el que las cosas se agitan y se unen formando un todo, ese movimiento al que algunos llaman amor y que Spinoza llamaba *amor intellectualis Dei*. Pues bien este movimiento es descrito, ya en los textos galenistas, como un efecto magnético del alma (el alma magnetográfica) que actúa de forma cuasi automática. Algunos gustan de enredar la cuestión desde un prisma calvinista ortodoxo, llamando a esto libre voluntad de alma. Libre, afirmamos, si la libertad consiste en despojarse de la ingratitud de los hombres en la experiencia de la práctica diaria para acabar deseando tan sólo ser un autómata divino. Mejor ser un autómata de Dios que un perro del diablo pero como hay quien afirma todavía que el alma goza de elección libre, lo único que podemos decir al respecto es que elijan libremente, aunque nosotros dudamos que nuestro honesto bodeguero haya tenido mucha libertad para elegir, convertirse en un mutante divino o un autómata de la maquinaria. Precisamente por esta razón Bredenburg se siente perturbado al experimentar una mutación que no parece haber elegido, no en vano él reprocha repetidas veces a Spinoza en su *Enervatio* el haber redu-

cido al hombre a una rueda en la maquinaria, una rueda divinamente programada que gira operando y existiendo según cierto ritmo determinado (*ad existendum et operandum certa et determinata ratione*), dentro de lo que según la segunda parte de la *Enervatio* él describe como una naturaleza que es maquina emanante sin progreso que gira constituyendo un proceso circular (*machina emanantem non progredientem sed circularem processum constituere*). más allá de la *Enervatio*, Bredenburg no duda en afirmar abiertamente en su *Wiskunstige demonstratie* (1676) que *alle vertandelijke werking noodzaakelijk is* (toda producción racional es un proceso necesario) apoyándose supuestamente en el *Korte Verhandeling* (Tratado Breve) y en los *Principia*.

Y necesariamente el silencio pareció acabar con la última llama que en su cuerpo parece haberse extinguido, un hálito eterno que apagó las luces y se dió de bruces con un autómatas perdido en la maquinaria. En realidad dudamos de muchas cosas y por ello mismo nos gustaría cerrar este artículo de forma abierta planteando algunas preguntas al lector en general y a los especialistas concernidos en particular. A lo largo de la exposición que los especialistas hacen sobre el caso Bredenburg, el supuesto problema que actúa como eje temático es la búsqueda de un fundamento que apuntale teóricamente la mutua tolerancia práctica. Y nosotros preguntamos, ¿acaso no podría ser la duda una práctica experimental individualizada que fomente la tolerancia entre las distintas posturas, en lugar de ser considerada, la mencionada práctica, como estratagema psicológica de la sarna atea dispuesta a perder a la humanidad entera conduciéndola inexorablemente hacia la impotencia silenciosa del escepticismo? Porque, a nuestro modesto entender, la duda florece en las mentes saludables como una flor que frágil se abre paso brillando con una débil luz en lo más oscuro de esas fábricas a las que Spinoza llamaba cuerpos. Flor del mal, pensarán algunos. Flores del mal, contestamos, si se empeñan, haciendo uso de una licencia poética, en llamar mal al sano ejercicio de la inteligencia, como si toda la sabiduría y ciencia humana fuese tuerta o, peor aun, una sarna venenosa y perversa. más allá de esta cuestión dudamos también sobre el juicio de los especialistas en dos puntos. En primer lugar se afirma de Bredenburg que es un pensador menor, un bodeguero jugando a filosofucho, del que no hay gran cosa que decir, como si los pensamientos de las mentes sanas tuvieran tamaños que nos permitiesen discernir la medida de las ideas y las filosofías. Pero nosotros sabemos, después de Spinoza y de la *Ethica*, que la potencia de un cuerpo se mide por los efectos que este puede producir, y para ser un advenedizo lo cierto es que

este ilustre comerciante, perdido en la Venecia de Shakespeare, no sólo parece haber escrito numerosas obras que a su vez provocaron ríos de tinta con olor a contienda panfletista sino que además, según se afirma, ha sabido llegar el solo desde su escritorio desde el TTP, el *Korte Verhandelng*, y los *Principia* hasta el laberinto de la *Ethica*¹. Y no sólo eso sino que además, supuestamente, osa refutar a su adversario de forma matemáticamente impecable (después de tres siglos nadie es capaz de señalar una falta en la *Wiskunstige Demonstratie*). Si se nos permite la licencia, vaya chollo para un idiota. Por otra parte más de uno parece divertirse en demasía deplorando el mal latín de los textos de este mercader autodidacta (especialmente Kolakowski) pero lo cierto es que supuestamente la *Enervatio* debió ser escrita inicialmente en neerlandés y, por lo tanto, el deplorable latín de Bredenburg es una traducción y no el texto inicial motivo por el cual estas supuestas críticas sobre el vulgar estilo del latín de Bredenburg son no sólo exacerbadas sino también confusas². Nos gustaría recordar también que el gran filósofo e ilustre Spinoza siempre escribió en un latín muy sencillo que aprendió siendo ya adulto (era el alumno más viejo del grupo de Van den Ende) y que desgraciadamente nunca pudo beneficiarse de la ciencia contenida en los libros que algunos de sus amigos ligados a la Royal Society le habían ofrecido, porque en el siglo XVII no había cursos por correspondencia y su desconocimiento de la lengua británica se lo impedía. En cualquier caso, recordamos que Spinoza podía leer y hablar muchas otras lenguas, latín, hebreo, neerlandés, castellano y portugués entre otras, pero seguramente esto no será suficiente para convencer a nuestros queridos especialistas, los cuales, suponemos, escriben un latín tan rítmico e impecable que hasta el

¹ Mientras que Wim Klever, entre otros, sostiene que Bredenburg poseía con seguridad una copia de la *Ethica*, Louis van Bunge supone incluso que Bredenburg llegó a las conclusiones de este libro contando tan solo con el TTP, el *Korte Verhandelng* y los *Principia*. Actualmente también este último especialista expresa abiertamente sus dudas sosteniendo que ambas posibilidades son mantenibles y aceptables.

² El mal latín de Bredenburg aparece denostado, no menos que sus obras e ideas, en un libro. Aunque mejor sería decir material de propaganda y además mala, esto es no solo fanática sino argumentalmente inaceptable para cualquier lector que este en disposición de sumar dos y dos igual a cuatro). En primer lugar la producción escrita de Bredenburg fue originariamente escrita en neerlandés. Así pues el nombre original de la *Enervatio Tractatus Theologico-politici*, editada en Rotterdam por Isaac Naeranus, debió llamarse originalmente *Ontzenuwing van de TTP*. Por otra parte según parece no fue traducida directamente por Bredenburg, sino por Johannes Sylvius, el cual fue rector (1681-1719) de la Escuela de Latín de Rotterdam.

buen Horacio les hubiera envidiado.

Después de pensar y repensar mucho estas y otras cuestiones involucradas en el caso Bredenburg aun nos quedan muchas dudas. ¿Fue acaso el divino silencio el que acabo con Bredenburg o tal vez fue tan solo el fantasma de la maquina jugando a ser el mago de Oz que mueve las cadenas determinativas que rigen el universo de forma equivocada? Tal vez sea incluso incauto estar tan pendiente de Dios mientras olvidamos cerrar bien la puerta y el diablo aprovecha el descuido para deslizarse en nuestro lecho, pero como dicen los creyentes, al séptimo día Dios descanso y debió ser entonces cuando el diablo vino de visita. Pero, claro, ellos de eso no saben nada porque los creyentes en domingo siempre están dentro de la Iglesia (templo profanado que, como Spinoza decía, no es nada más que un asilo de almas en pena). O tal vez, después de todo, también debamos comprender a los adversarios de Bredenburg y, tal vez acabe, uno teniendo cierta debilidad por un diablo que sale a patear el mundo con sus zapatos rojos de domingo, pero, como dice un amigo mío, los domingos ni a la Iglesia ni a la calle, lo mejor de todo quedarse en casa descansando que después de todo, y de acuerdo con lo que dice la tradición, es lo que hace Dios o al menos eso es lo que nos han dicho. Aunque, ahora que lo recuerdo, el que me lo dijo llevaba unos zapatos de un color algo sospechoso. Porque, cuando la ultima luz es apagada con la saña de una mano oculta y ajena, no falta mucho para que despierte el fantasma que puebla los cuerpos, terrenas maquinarias, despertando asi *rage against the machine*. Por lo que a lo demás respecta, solo nos cabe añadir que, en cualquier caso, es más que saludable prescindir de divinas autoridades rectoras , porque como ya dijera el viejo Salomon *veritas index sui* (la verdad es criterio o indicio de si misma) y en lo restante no podríamos concluir este articulo con un cierre clásico tomado de los textos spinozistas *omnibus iudicandum relinquo* (lo dejo al juicio de todos).

Bibliografía breve

- VAN BUNGE, L.: *Johannes Bredenburg (1643-1691). Een Rotterdamse collegiant in de ban van Spinoza*. Rotterdam, Drukkerij Erasmus Universiteit, 1990, (303p).
- KLEVER, W.: "Johannes Bredenburg over automatisch werkende natuur": *Mannen rond Spinoza*. Hilversum, Verloren, 1997, (p.107-129).
- SCRIBANO, E.: "Johannes Bredenburg confuttore di Spinoza?": *L'Heresie*

Spinoziste. La discursion sur le Tractatus Theologicus Politicus, 1670-1677 de Benedictus de Spinoza. Colloque Cortona 1991. Cristofolini, Amsterdam APA-Holland University Press, 1995.

KOLAKOWSKI, L.: "La irracionalización de la religión de la religión, producto del racionalismo": *Cristianos sin Iglesia*. Taurus, Madrid, 1982, (p.171-199).